

Psicoanálisis

Antecedentes

La mente activa

El tratamiento de las enfermedades mentales

Sigmund Freud

Biografía

Generalidades del sistema freudiano

El legado de Freud

Los discípulos

Alfred Adler

Carl Jung

Karen Horney

Psicoanálisis social

Harry Stack Sullivan

Erich Fromm

Repercusiones contemporáneas

Resumen

El lugar del movimiento psicoanalítico en el siglo XX es singular y paradójico. Por un lado, el *psicoanálisis* es sin duda el más conocido de todos los sistemas de psicología, si bien quizá no del todo entendido, y su fundador, Sigmund Freud, es una de las personalidades más famosas del siglo. Por el otro, el movimiento tiene poco en común con otras vertientes de la psicología de los últimos 100 años. El psicoanálisis se alinea mejor con la tradición alemana de la mente como entidad activa, dinámica y autogenerativa. Freud se educó en las ciencias, pero su sistema muestra poco aprecio por el empirismo sistemático. Como médico, Freud aplicó sus agudos poderes de observación para erigir su sistema dentro de un marco médico y basó su teoría en el estudio de casos individuales. Al organizar sus observaciones, no se distanció de la forma decimonónica de entender la ciencia ni trató de probar rigurosamente sus hipótesis con verificaciones independientes. Como él mismo aseveró, “él era el psicoanálisis” y no toleraba disentimientos de la ortodoxia de sus ideas. Con todo, el impacto de Freud en la psicología del XX fue enorme. Tal vez la influencia más importante del psicoanálisis en el pensamiento occidental haya sido la manifestada en la literatura, la filosofía y las artes pues excede con mucho a la de cualquier otro sistema psicológico.

ANTECEDENTES

La mente activa

En nuestro repaso de los antecedentes filosóficos de la psicología moderna en Alemania durante los siglos XVII, XVIII y XIX, vimos que la tradición de Leibniz y Kant destacaba la actividad mental. A diferencia del empirismo británico, que consideraba pasiva a la mente, o del sensualismo francés que pensaba que era un constructo innecesario, la tradición alemana sostenía que la mente genera y estructura la experiencia humana de formas peculiares. Ya sea mediante la monadología de Leibniz o las categorías kantianas, la psicología del individuo sólo se entendía examinando la actividad dinámica inherente de la mente.

Cuando a finales del siglo XIX la psicología se convirtió en una disciplina independiente bajo la tutela de Wundt, privó el modelo inglés de pasividad mental. La formulación empirista de Wundt no coincidía con los antecedentes filosóficos alemanes, que en cambio habían aceptado Brentano y Stumpf. La psicología de los actos y la de la conciencia no sensorial de la escuela de Würzburg estaban más cerca de las premisas filosóficas alemanas de la actividad mental que la psicología estructural de Wundt. En Alemania, el movimiento de la Gestalt abarcó esas alternativas a los planteamientos de Wundt, acabó por remplazarlos y, basada en un modelo de la mente que admitía una actividad organizacional inherente, se convirtió en la psicología dominante en el país hasta la Segunda Guerra Mundial.

Ahora bien, las premisas de la actividad mental que fundaban la psicología de la Gestalt eran muy delineadas. Su constructo de la mente comprendía la organización de la percepción, basada en el principio del isomorfismo, que daba por resultado una predisposición a establecer pautas en las relaciones entre el individuo y el entorno. El énfasis en la organización implicaba que la forma de los procesos mentales, no su contenido, poseía una estructura inherente. En otras palabras, la gente no nace con ideas, energías u otros contenidos en la mente, sino que hereda una estructura organizacional para adquirir los contenidos mentales de cierta manera. En consecuencia, el movimiento de la Gestalt, aunque rechazaba la rigidez de las ideas empiristas de Wundt, no negaba el empirismo como tal. Los psicólogos de la Gestalt pretendían concordar la base empirista de la filosofía británica y el modelo alemán de actividad. Abrieron la investigación psicológica al estudio de la resolución de problemas complejos y a los procesos perceptuales.

En congruencia con la posición de la Gestalt, el psicoanálisis arraigó en un modelo activo de los procesos mentales, pero compartía poco de su dedicación al empirismo. Las ideas de Freud sobre la personalidad correspondían no sólo con las actividades de los procesos mentales que propusieran Leibniz y Kant, sino también con la creencia decimonónica en niveles conscientes e inconscientes de la actividad mental. Al aceptar las doctrinas de filósofos como Hartmann y Schopenhauer, Freud estableció principios motivacionales que dependían de fuerzas energéticas que se encuentran más allá del nivel de la conciencia del yo. Especialmente para Freud el desarrollo de la personalidad estaba determinado por la adaptación inconsciente del individuo a esas fuerzas. Abajo

detallamos el desarrollo de la personalidad tal como lo delineó Freud; sin embargo, también es importante reconocer el contexto de su pensamiento. El psicoanálisis profundizó en las implicaciones de la actividad mental más que cualquier otro sistema de psicología. Como el principal representante de una dependencia extrema en la actividad mental para dar cuenta de la personalidad, el psicoanálisis se distingue de otros movimientos psicológicos del siglo XX. Además, no procedió de la investigación académica, como los otros, sino que fue un producto de la aplicación de los resultados obtenidos en la práctica clínica.

El tratamiento de las enfermedades mentales

Aparte de su fama como fundador del movimiento psicoanalítico en la psicología moderna, Freud también se recuerda como uno de los pioneros de los esfuerzos por perfeccionar el tratamiento de las anormalidades mentales y conductuales. Contribuyó a que la psiquiatría fuera reconocida como la rama de la medicina dedicada en especial a las psicopatologías. Antes de que Freud ideara métodos eficaces para tratar las enfermedades mentales, quienes se desviaban de las normas aceptadas por la sociedad solían ser tratados como criminales o poseídos. A veces hay escándalos en el tratamiento contemporáneo de los trastornos mentales, pero hay que recordar que no hace mucho los abusos eran más la norma que la excepción.

El tratamiento de los enfermos mentales no es un capítulo agradable de la historia de Occidente. Incluso durante el Renacimiento, se adaptaban sin más las torturas y las crueldades de la Inquisición para tratar las que hoy consideramos enfermedades mentales. La brujería se usó y se ha utilizado hasta la fecha como una forma de explicar dicho comportamiento. En las prisiones se alojaban sin distinción criminales, pobres y locos. Se pensaba que las enfermedades mentales estaban regidas por fuerzas oscuras o demoníacas y que los enfermos se trastornaban por influencias tan extravagantes como la luz de la luna. Los lunáticos (que enloquecían según los ciclos lunares) eran encerrados en manicomios. Todavía a la vuelta del siglo, el hospital para trastornados de Utica, en Nueva York, que estaba adelantado para las normas de la época, se llamaba Manicomio de Utica, nombre que expresaba las actitudes prevalecientes hacia las enfermedades mentales.

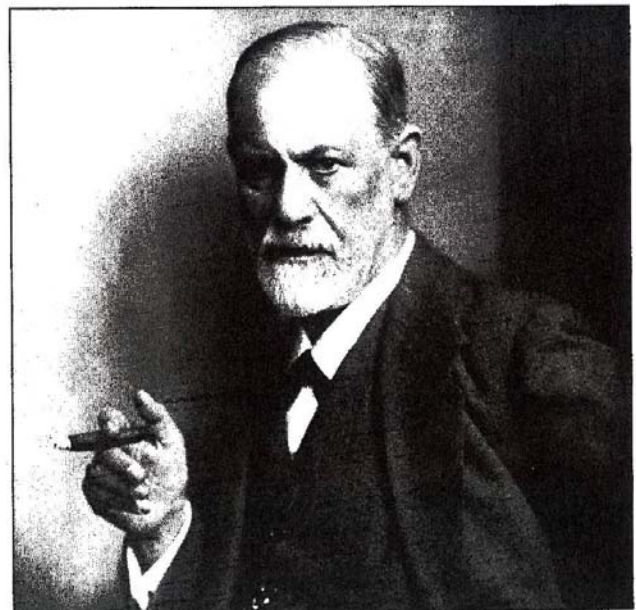
Durante el siglo XIX se introdujeron con lentitud reformas para el tratamiento de los enfermos internados. En 1794, Philippe Pinel (1745-1826), nombrado jefe de los hospitales para insanos de París, mejoró tanto la actitud como el tratamiento de los pacientes. En los Estados Unidos, Dorothea Dix (1802-1887) implantó las reformas más notables. A partir de 1881, Dix emprendió una campaña para mejorar las condiciones de los enfermos mentales indigentes, que eran mantenidos en la cárcel o en asilos. No obstante, las reformas sólo paliaron las condiciones materiales y de sustento de los enfermos y su tratamiento era mínimo. Los esfuerzos por hallar curas generales estaban plagados de supersticiones. Una pseudociencia creada por Mesmer se ocupaba de los “espíritus animales” que originaban las enfermedades mentales. Del mismo modo, la frenología de Gall y Spurzheim quería ofrecer una explicación basada en los contornos del cráneo y la localización de las funciones cerebrales.

Poco a poco, fueron apareciendo técnicas válidas y eficaces para tratar las anormalidades mentales y conductuales. Una de las investigaciones más productivas, que incluía el hipnotismo, fue la encabezada por el médico francés Jean Martin Charcot (1825-1893). Charcot se hizo famoso en toda Europa y Freud estudió con él, lo mismo que otros médicos y fisiólogos. Charcot trataba pacientes histéricos con síntomas que iban de la hiperemocionalidad a las manifestaciones físicas de perturbaciones emocionales. Se sirvió del hipnotismo para explorar los problemas emocionales ocultos que el paciente no era capaz de enfrentar en estado consciente. En Nancy, otro médico, Hippolyte Bernheim (1837-1919), estableció un sofisticado análisis hipnótico como forma de tratamiento, aprovechando su capacidad de sugestión para modificar las intenciones del paciente. Por último, Pierre Janet (1859-1947), estudiante de Charcot, utilizó el hipnotismo para resolver las fuerzas de los conflictos emocionales, que consideraba fundamentales para la manifestación de los síntomas histéricos. Sin embargo, fue Freud el que superó las técnicas hipnotistas y elaboró una teoría general de las psicopatologías de la que surgieron los tratamientos sistemáticos.

SIGMUND FREUD

Biografía

Como el psicoanálisis se identifica a tal grado con el propio Freud, conviene señalar los principales momentos de su distinguida vida. Sigmund Freud (1856-1939) nació el 6 de mayo en Freiberg, Moravia, en ese entonces una provincia del norte del Imperio Austro-Húngaro y hoy parte de la República Checa. Fue el mayor de los ocho hijos de



SIGMUND FREUD (1856-1939).
Cortesía de la Organización Mundial de la Salud.

un comerciante de lana más bien pobre y poco exitoso, quien, cuando sus negocios fracasaron, se mudó con hijos y esposa primero a Leipzig y luego a Viena. Freud, que tenía entonces cuatro años, permaneció en la ciudad casi el resto de su vida. Su familia reconoció su genio precoz y le hizo concesiones y favores que no otorgaba a sus hermanos. Por ejemplo, tenía mejor luz para leer de noche y cuando estudiaba se hacía el menor ruido posible para no interrumpirlo.

Los intereses de Freud eran variados y profundos, y desde muy pronto mostró inclinaciones y aptitudes para varias empresas intelectuales. Sin embargo, fue una víctima del antisemitismo del siglo XIX, que era más evidente y grave en el centro y el este de Europa. En particular, su origen judío le impidió aprovechar ciertas oportunidades educativas, sobre todo una carrera académica en la investigación universitaria. En realidad, la medicina y la abogacía eran las únicas profesiones abiertas a los judíos vieneses. Como su lectura temprana de Darwin lo había intrigado e impresionado al punto de que lo que más lo atraía era una carrera científica, escogió la medicina como el camino más cercano a una educación como investigador. Así, en 1873 ingresó a la Universidad de Viena, a los 17 años. Dados sus intereses en varios campos y proyectos de investigación, le tomó ocho años culminar una carrera que se cursaba en seis. En 1881, recibió su título de médico. Mientras estaba en la universidad, participó en una investigación para determinar la estructura exacta de la piel de las anguilas en la que tuvo que disecar más de 400 de estos peces. Más adelante se cambió a la fisiología y la neuroanatomía y realizó experimentos para examinar la columna vertebral de los peces. En la propia Viena, siguió los cursos de Franz Brentano, que fueron su única introducción formal a la psicología del siglo XIX.

Después de cuatro años de noviazgo, Freud se casó en 1886 con Martha Bernays. Como sabía que una carrera científica no le proveería el sustento porque el antisemitismo obstaculizaba el progreso de los judíos en las universidades, Freud decidió a desgano iniciarse en el ejercicio privado. Aunque él y su esposa fueron muy pobres al comienzo de su matrimonio, Freud pudo mantener a su mujer y su creciente familia, que al cabo sumó seis hijos. Los primeros años de Freud en la práctica privada fueron muy difíciles; invertía largas horas a cambio de una remuneración magra en un trabajo que no lo estimulaba.

Durante su residencia hospitalaria había atendido a pacientes que sufrían problemas anatómicos y orgánicos del sistema nervioso. Poco después de empezar la práctica privada, se hizo amigo de Josef Breuer (1842-1925), médico general que había alcanzado cierta fama local por sus estudios acerca de la respiración, lo que le brindó el estímulo necesario y comenzaron a trabajar con varios pacientes afectados de trastornos nerviosos, entre los que destacó el famoso caso de Anna O., una joven inteligente con síntomas histéricos graves y difusos. Breuer observó que ciertas experiencias aparecían bajo hipnosis y la paciente no podía recordarlas conscientemente. Sus síntomas parecían aliviarse después de hablar de tales experiencias durante la sesión hipnótica. Durante un año, Breuer trató a Anna O. todos los días y se convenció de que la “cura por el habla”, la *catarsis*, que consistía en la revisión de recuerdos desagradables y repulsivos revelados por la hipnosis, era un medio eficaz de paliar sus síntomas. Por desgracia, la esposa de Breuer se sintió celosa de la relación; lo que más tarde llamaríamos la

transferencia de emociones al terapeuta en etapas características de la terapia le pareció sospechosa. Breuer suspendió el tratamiento de Anna O.

En 1885, Freud recibió una modesta beca que le permitió ir a París a estudiar con Charcot durante cuatro meses y medio. En ese lapso, no sólo observó el método hipnótico de Charcot, sino que también siguió sus lecciones y aprendió sus ideas sobre la importancia de los problemas sexuales no resueltos en la etiología de la histeria. Cuando regresó a Viena, Freud entregó el informe de sus trabajos con Charcot a la sociedad médica, pero su fría recepción le dejó un resentimiento que afectó sus relaciones con el cerrado mundo médico.

Freud siguió trabajando con Breuer sobre la hipnosis y la catarsis, pero acabó por abandonar la primera en favor de la segunda. En particular, rechazó la hipnosis como tratamiento de aplicación general por tres razones. Primera, no todos son susceptibles de ser hipnotizados; por lo tanto, su utilidad se limita a un grupo selecto. Segunda, algunos de sus pacientes se negaban a creer lo que les revelaba al despertar, por lo que concluyó que tenían que estar al tanto del proceso gradual de descubrir recuerdos ocultos y escondidos de la conciencia. Tercera, cuando por sugestión hipnótica se aliviaba un conjunto de síntomas, solía aparecer otro. Freud y Breuer avanzaban en direcciones diferentes, y la creciente insistencia de aquél en la primacía de la sexualidad como la clave de las psiconeurosis contribuyó a que rompieran. Sin embargo, en 1895 publicaron *Estudios sobre la histeria*, que a menudo se cita como la primera obra del movimiento psicoanalista, aunque en los siguientes 13 años sólo vendió 626 ejemplares.

Freud adoptó la catarsis como forma de tratamiento. Consistía en estimular a los pacientes a que hablaran de cualquier cosa que les viniera a la mente, sin importar que tan desagradable o incómoda fuera. Esta “asociación libre” ocurría en una atmósfera relajada, que por lo regular se lograba haciendo que se recostaran en un diván. Freud razonaba que la asociación libre, al igual que la hipnosis, permitiría que pensamientos y recuerdos ocultos se manifestaran en la conciencia. Sin embargo, a diferencia de la hipnosis, los pacientes seguían la aparición de las remembranzas. Durante el curso de las asociaciones libres también ocurre el proceso de transferencia, que atañe a experiencias emotivas que permiten que el paciente se descargue de episodios reprimidos anteriores. Puesto que el psicoanalista es parte del proceso de transferencia y con frecuencia el objeto de las emociones, Freud lo reconocía como herramienta poderosa para ayudar al paciente a resolver las fuentes de su ansiedad.

En 1897, Freud comenzó un autoanálisis de sus sueños, que se convirtió en otra técnica importante del movimiento psicoanalítico. En el análisis de los sueños, Freud distinguía entre el contenido manifiesto (las imágenes oníricas) y el latente, que representaba el mundo simbólico del paciente. En 1900, publicó su primera obra importante, *La interpretación de los sueños*. Aunque apenas vendió 600 ejemplares en ocho años, después tuvo ocho ediciones en vida de Freud. En 1901 publicó *Psicopatología de la vida cotidiana*, libro en el que su teoría comenzó a cobrar forma. Freud argumentaba que la psicología de todo el mundo, no sólo de quienes padecían síntomas neuróticos, se entiende en términos de fuerzas inconscientes que hay que resolver.

Cuando sus obras comenzaron a ganarle una reputación de fundador en la psiquiatría, Freud se atrajo seguidores, entre ellos Alfred Adler y Carl Jung. En 1909, G. Stanley Hall, rector de la Universidad de Clark, lo invitó a dar una serie de conferencias en los Estados Unidos como parte de las celebraciones del vigésimo aniversario de la institución. Las conferencias fueron publicadas en el *American Journal of Psychology* y más tarde como libro que introdujo el pensamiento psicoanalítico al público estadounidense.

Como los medios médicos consideraban que el psicoanálisis era radical, sus defensores formaron sus propias asociaciones y fundaron publicaciones para difundir sus ideas. Sin embargo, las exigencias de Freud de un apego estricto a su interpretación causaron discordias en el movimiento. Adler se separó en 1911, seguido en 1914 por Jung, de modo que al año siguiente había tres grupos rivales dentro del movimiento. Sin embargo, las ideas de Freud siguieron evolucionando. Impresionado por la devastación y la tragedia de la Primera Guerra Mundial, Freud llegó a ver la agresión, junto con la sexualidad, como el principal impulso motivador. Durante los años veinte, Freud amplió el psicoanálisis e hizo que pasara de ser un método de tratamiento para quienes padecían enfermedades mentales o emocionales a un marco teórico sistemático para toda la personalidad y las motivaciones humanas.

En 1923, Freud adquirió cáncer de mandíbula y padeció dolor casi constante durante los 16 años que le quedaban de vida. Sufrió 33 operaciones y tuvo que emplear una prótesis. En medio de esta tortura siguió escribiendo y tratando a sus pacientes, aunque suspendió las apariciones públicas. Con la llegada de Hitler y las campañas antisemitas de los nazis, sus obras fueron proscritas y quemadas en toda Alemania; no obstante, Freud se rehusó a escapar de Viena. Cuando Alemania se anexó Austria en 1938, la Gestapo comenzó a hostilizar a Freud y su familia. El presidente estadounidense Roosevelt dijo indirectamente al gobierno alemán que Freud debía ser protegido; sin embargo, en marzo de 1938 una pandilla de nazis invadió su hogar. Por último, gracias a los esfuerzos de sus amigos, se le concedió el permiso para abandonar Austria, pero sólo después de que prometiera entregar los libros no vendidos que había almacenado en Suiza para que pudieran ser destruidos. Luego de firmar una declaración de que había sido tratado bien por la policía, se le permitió partir a Inglaterra, donde murió poco después, el 23 de septiembre de 1939.

Generalidades del sistema freudiano

Las ideas de Freud evolucionaron continuamente durante su larga carrera. El resultado colectivo de sus numerosas obras es un elaborado sistema del desarrollo de la personalidad, que Freud describía en términos de un sistema energético que busca un equilibrio de fuerzas. Este modelo homeostático de la personalidad estaba determinado por el intento constante de identificar los medios apropiados para descargar las energías instintivas originadas en las profundidades del inconsciente. Según Freud, la estructura de la personalidad consiste en el intercambio dinámico de actividades impulsadas por fuerzas que están presentes al nacimiento. El modelo homeostático de Freud era congruen-

te con la postura que prevalecía en las ciencias del siglo XIX, que veía las relaciones mecánicas de los hechos concretos que estudia la física como el epítome de la investigación científica. El modelo psicoanalítico de Freud convirtió los estímulos físicos en energías o fuerzas psíquicas y conservó una descripción esencialmente mecánica de cómo interactúan dichas fuerzas.

Freud postuló tres estructuras de la personalidad —el ello, el yo y el superyó— que en su opinión se hallaban formadas para los siete años de edad. En la figura 14-1 se muestra un esquema de estas estructuras de acuerdo con su accesibilidad a la persona o su grado de conciencia. El ello es la estructura más primitiva y menos accesible. Según la descripción original de Freud, es pura libido, o energía psíquica de naturaleza irracional y carácter sexual que determina por instinto los procesos inconscientes. El ello no está en contacto con el entorno, sino que se relaciona con las otras estructuras, que median entre los instintos del ello y el mundo exterior. Lejos de la realidad y las convenciones sociales, el ello se guía por el principio del placer y pretende gratificar sus necesidades libidinosas instintivas en forma ya sea directa, mediante las experiencias sexuales, o indirecta, en los sueños o las fantasías. Freud llamó a esta gratificación indirecta proceso primario. El objeto exacto de la gratificación directa del principio del placer está determinado por la etapa psicosexual del desarrollo del individuo, como explicamos abajo.

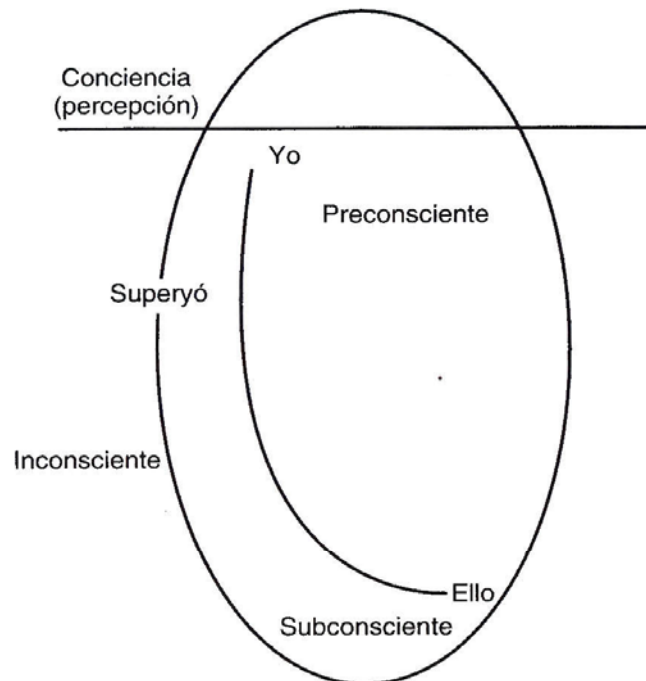


FIGURA 14-1 Esquema de la estructura de la personalidad de acuerdo con la formulación de Freud. La línea horizontal marca los límites entre los procesos conscientes y los inconscientes, que sólo se cruza en los sueños, la hipnosis y la asociación libre.

La estructura de la personalidad que se distingue primero del ello es el yo, a menudo llamado personalidad "ejecutiva" por su función de canalización de las energías del ello en formas sociales aceptables. El desarrollo del yo ocurre a la edad de uno y dos años, cuando el niño confronta por primera vez el entorno. El yo está regido por el principio de realidad; está al tanto de las exigencias del medio y modifica su comportamiento de modo que las presiones instintivas del ello queden satisfechas de manera apropiada. El proceso secundario consiste en alcanzar objetos específicos para reducir la energía libidinal en formas socialmente aceptables.

La última diferenciación de las estructuras de la personalidad, el superyó, aparece hacia los cinco años. A diferencia del ello y el yo, que son desarrollos internos de la personalidad, el superyó es una imposición del exterior; es decir, es la incorporación de las normas morales que el yo percibe que vienen de alguna figura de autoridad, por lo regular una asimilación de las ideas de los padres. En el superyó se representan tanto los aspectos positivos como los negativos de esas normas de conducirse. El código moral es el yo ideal, una representación de la conducta perfecta para que el individuo la emule. La conciencia incorpora el aspecto negativo del superyó y determina qué actividades son tabúes. El proceder que viola los dictados de la conciencia genera culpa. El superyó y el ello están en un conflicto directo en el que el yo media. Así, el superyó impone una pauta de conducta que da lugar a cierto grado de control personal mediante un sistema internalizado de recompensas y castigos.

El principal constructo motivacional de la teoría de la personalidad de Freud se deriva de los instintos, definidos como fuerzas biológicas que liberan energía mental. La meta de la personalidad es reducir el impulso de energía mediante alguna actividad aceptable dentro de las restricciones del superyó. Freud clasificó los instintos innatos en impulsos de vida (*eros*) y de muerte (*thanatos*). Los instintos vitales comprenden la conservación e incluyen el hambre, el sexo y la sed. La libido es esa forma concreta de energía por la que los instintos vitales surgen en el ello. Los instintos de muerte se dirigen al interior, como en el suicidio y el masoquismo, o bien al exterior, como en el odio y la agresión.

Con el imperativo de que hay que mantener el equilibrio de la personalidad descargando la energía en formas aceptables, la ansiedad cumple una función crucial. En esencia, Freud la veía como un miedo vago en anticipación de deseos insatisfechos y males futuros. Dado el carácter primitivo de los instintos del ello, es poco probable que las metas primarias sean siempre medios aceptables de reducir los impulsos; por el contrario, se prestan a suscitar una ansiedad continua en la personalidad. Freud señaló tres formas generales de ansiedad. La ansiedad de la realidad, u objetiva, es el miedo a los peligros del entorno con una causa evidente; se trata de un medio apropiado y sirve para la sobrevivencia del individuo. La ansiedad neurótica surge del miedo a posibles castigos inherentes a la meta de la gratificación de los instintos; es un miedo al castigo por expresar deseos impulsivos. Por último, Freud postuló la ansiedad moral como el miedo de la conciencia por culpa o vergüenza. Para enfrentar la ansiedad, el yo desarrolla mecanismos de defensa, que son procesos elaborados y, en gran parte, inconscientes por los cuales el individuo evita las situaciones desagradables y los hechos que causan ansiedad; por ejemplo, es posible evitar el enfrentamiento de la ansiedad mediante

autonegación, conversión o proyección, o bien reprimir los pensamientos que son fuente de ansiedad para el inconsciente. En la bibliografía psicoanalítica se explican muchos mecanismos de defensa, y en general se acepta que, aun cuando son formas características de manejar la ansiedad, el individuo debe reconocerlos y controlarlos en aras de su salud psicológica.

Freud daba gran importancia al desarrollo del niño porque estaba convencido de que los trastornos neuróticos que manifestaban sus pacientes adultos tenían su origen en experiencias infantiles. Distinguió etapas psicosexuales que se caracterizan por sus diferentes fuentes de gratificación, determinadas por el principio del placer. Freud escribió que el niño es en esencia autoerótico, que obtiene placer sexual de la estimulación de zonas erógenas o haciendo que la madre le proporcione dicha estimulación. Cada etapa del desarrollo psicosexual tiende a localizar la fuente principal de gratificación en determinada zona erógena. En la etapa oral, el infante busca la gratificación succionando, mordiendo y tragando. Las necesidades insatisfechas dan por resultado hábitos orales excesivos, y Freud creía que el optimismo, el sarcasmo y el cinismo del comportamiento adulto son atribuibles a incidentes de esta etapa. De la gratificación oral, el niño pasa a una etapa en la que la gratificación anal, asociada con los procesos de eliminación, es la principal. Freud decía que los sujetos atildados, demasiado pulcros y compulsivos no resolvieron bien sus necesidades anales. A la etapa anal sigue la fálica, de la sexualidad infantil (de los tres a los siete años), en la que la fuente primaria de gratificación se vincula al pene en los niños y, en el caso de las niñas, según Freud, a cualquier cosa que lo simbolice. Al cabo de la etapa fálica, el niño entra en un periodo de latencia asexual que dura hasta el inicio de la pubertad. Ahora bien, durante las etapas psicosexuales el niño transita igualmente por el ciclo edípico hasta el comportamiento sexual adulto, a saber, el que Freud consideraba el correcto. En las fases iniciales del ciclo, el pequeño tiene un fuerte deseo sexual por su madre, que suprime gradualmente conforme aparece el miedo al padre y experimenta una ansiedad neurótica de que lo castre si se entera de ese deseo. Entonces, el niño se identifica con el padre (identificación masculina) cuando pasa al periodo de latencia y a la etapa genital de la pubertad. Si el ciclo no se resuelve, aparece el complejo de Edipo, un estado psicosexual de desadaptación. Así, Freud veía la homosexualidad como una sexualidad inmadura que refleja las urgencias de un Edipo no resuelto. Los autores posteriores trataron de establecer un cuadro similar para las niñas, el complejo de Electra. En cuanto a Freud, el complejo desarrollo correspondiente a las mujeres se hacía aun más difícil por la envidia del pene, el deseo reprimido de encarnar la masculinidad.

Este repaso de la complicada y detallada teoría de Freud muestra muchas de las dificultades de la evolución de su sistema. No le preocupaba alterar sus ideas (siempre que él hiciera los cambios), pero a menudo no modificaba el lenguaje, de modo que muchas veces usaba los mismos términos de formas distintas. Sin embargo, la complejidad y singularidad de su sistema son un logro notable. De hecho, tenía que inventar nuevos términos para expresar sus pensamientos, términos que se han convertido en parte de nuestro léxico.

El legado de Freud

En comparación con el progreso rectilíneo de la psicología como disciplina empírica, ya sea con el rigor del método experimental o bien sin éste pero de cualquier modo sistemática, como es el caso del método fenomenológico, el sistema de Freud es muy vulnerable. Y es que Freud no era un metodólogo. Su acopio de datos carecía de sistema y control y consistía sobre todo en lo que recordaba de lo que sus pacientes le habían dicho. No realizó ningún esfuerzo independiente por confirmar la exactitud de los informes de sus pacientes. Freud sólo daba sus conclusiones e inferencias, y nunca reveló de qué manera arribó a ellas. Sus variables y constructos no están definidos con claridad y no son cuantificables. Su teoría resalta la infancia hasta el punto de afirmar que la personalidad está formada, en esencia, a los siete años. Sin embargo, el único registro de que estudió a los niños se refiere a un pequeño con una fobia, y, aun en este caso, Freud trabajó en forma indirecta, tratando al padre. Ocurre pues que el acento de Freud en la niñez es una deducción de sus observaciones de adultos.

Una objeción más seria es que se trata de una teoría con poco valor predictivo. Examinaremos la función de la teoría en el capítulo 16, pero por ahora es importante reconocer que las predicciones de las teorías permiten modificar los hechos en curso; por ejemplo, la teoría de que el tabaquismo causa cáncer nos da la confianza de aconsejar a los jóvenes que no fumen. Para Freud, la persona está sobredeterminada. Como es posible satisfacer las necesidades con muchas metas, es difícil predecir los ajustes del adulto observando el comportamiento del niño. Tenemos que esperar y ver. Esta crítica es especialmente oportuna, porque Freud sostenía una teoría de la personalidad y un tratamiento para sus trastornos.

Como dijimos, el psicoanálisis tiene un puesto único en la historia de la psicología. Freud no elaboró una teoría que produjera hipótesis que pudieran probarse ni otras implicaciones empíricas. Con todo, en otro nivel, consiguió lo que pocos teóricos: revolucionó las actitudes y creó un nuevo marco de referencias para reflexionar sobre la personalidad. Puede decirse que sus poderes de observación le permitieron estar en lo correcto por las razones equivocadas. Los descubrimientos de otras teorías más empíricas de los trastornos de la personalidad han confirmado con frecuencia muchas de sus observaciones. Si sus posturas no satisfacen los criterios del estudio empírico, de cualquier forma señalan a un hombre de genio y penetración cuya influencia impregna las ideas de las personas sobre ellas mismas de una forma que pocos han logrado.

LOS DISCÍPULOS

El movimiento psicoanalítico fue en buena medida invento de Freud, y su influjo excede con mucho el de sus primeros seguidores que trataron de modificar el psicoanálisis. Los principios del psicoanálisis fueron redefinidos y reinterpretados hasta que, hacia 1930, el movimiento se fragmentó en posturas rivales. Sin embargo, los escritores que se apartaron de las especulaciones freudianas conservaron el modelo básico que concebía la personalidad como un sistema de reducción de energía.

Alfred Adler

Alfred Adler (1870-1937) nació en una familia vienesa acomodada, pero tuvo una infancia desgraciada. Era enfermizo y sus realizaciones, comparadas con las de su hermano mayor, no satisfacían las expectativas de sus padres. En 1895 recibió su doctorado en medicina y para 1902 asistía con regularidad a las reuniones semanales de Freud. Fue uno de sus primeros seguidores y en 1909 lo acompañó a los Estados Unidos. Sin embargo, comenzó a criticarlo abiertamente, sobre todo por su énfasis y sus interpretaciones literales de la sexualidad. Para 1911 la separación fue definitiva y Adler formó su propio círculo de seguidores. Adler era un orador excelente que atrajo muchos estudiantes con su personalidad magnética y dinámica. Dictó numerosas conferencias y en 1934 se instaló en definitiva en los Estados Unidos, como maestro del Colegio de Medicina de Long Island. Continuó con sus viajes de conferencias y en 1937 murió en una gira por Europa en Aberdeen, Escocia.

Adler rechazó la rigidez del sistema freudiano. Por ejemplo, argumentaba que la envidia del pene no debía tomarse a la letra, sino como celos simbólicos del dominio masculino de la sociedad, y pensaba que una negación de la femineidad sería por fuerza neurótica. Adler planteó una alternativa a las ideas de Freud, pero se mantuvo dentro del modelo psicoanalítico. Su “psicología individual” no era tan detallada como la exposición de la teoría de Freud, sino una imagen general de la actividad humana que reconocía el estado inferior del hombre al nacer, que daba por resultado su lucha continua por los sentimientos positivos y la perfección. Al definir una psicología personalista del individuo, su noción holística de la personalidad destacaba la necesidad de unidad, perfección y metas bien establecidas. En la teoría de Adler, la motivación no era el “empujón” negativo de la reducción de impulsos, como Freud había afirmado, sino un “jalón” positivo del individuo que se empeña por mejorarse y superarse. La orientación



ALFRED ADLER (1870-1937).
Cortesía de Corbis-Bettmann.

de Adler es similar al boceto de la personalidad de Brentano. La unidad de ésta es producto de los esfuerzos del individuo, de modo que todos los fenómenos psíquicos se originan en realidad en sus peculiares fuerzas creativas. La mente muestra tendencias definidas a la lucha por la superioridad y por alcanzar la perfección. Así, el principio motivacional de Adler no se reduce a los instintos biológicos, sino que está descrito en los términos psíquicos, casi espirituales, de la mente. A su vez, la lucha por la superioridad es una reacción directa a los sentimientos infantiles de inferioridad, imperfección e incompletud. Para Adler, el estado actual de la persona está conducido por sus expectativas de perfección. Estas expectativas, definidas por Adler como un “finalismo”, son ficticias en tanto que no son asequibles, pero operan como la expresión colectiva de las metas de toda la vida. Entonces, la existencia de la persona se manifiesta en una vida dentro de un contexto social y en la búsqueda de la armonía personal en los esfuerzos por alcanzar un sentimiento de superioridad.

Adler ofreció estudios de casos de estilos de vida pertinentes para ilustrar las compensaciones de la inferioridad en la lucha por la superioridad. Sin embargo, fue más específico y detallado en sus doctrinas sobre la crianza infantil. Creía que el orden de nacimiento y la distribución de la familia afectan radicalmente el desarrollo del estilo de vida del individuo y el yo creativo. Adler veía a la familia como el principal agente de la socialización, en la que las cruciales pautas subsecuentes de comportamiento dependen de una educación exitosa.

Adler introdujo en el psicoanálisis un acento en los aspectos sociales y creativos de la experiencia y se apartó de la insistencia rígida de Freud en la reducción de la energía. Adler influyó en otros teóricos importantes del movimiento psicoanalítico —sobre todo, Horney y Fromm—. Su vaguedad, sus frecuentes incongruencias y la falta de una teoría detallada del desarrollo le dan un carácter evasivo que lo aleja quizá más que a Freud de los planteamientos empíricos. Con todo, Adler dio al psicoanálisis un sentido común que hizo más atractivo el modelo psicodinámico freudiano sin trastocarlo.

Carl Jung

Uno de los estudiosos más fascinantes y complicados del siglo, Carl Jung (1875-1961), nació de una familia pobre en una población del norte de Suiza. Se las arregló para ingresar en la Universidad de Basilea y en 1900 obtuvo su doctorado en medicina. Jung pasó casi todo el resto de su vida en Zurich, dedicado a enseñar, escribir y atender a sus pacientes. Después de leer *La interpretación de los sueños* en 1900, inició una relación epistolar con Freud, al que por fin conoció en 1907. Con Adler, lo acompañó a los Estados Unidos en 1909, y ahí dio también conferencias e introdujo su propio trabajo al público de ese país. Jung comenzó a aplicar las nociones del psicoanálisis a los mitos y leyendas en búsqueda de la clave de la naturaleza de la psique del hombre. Tal independencia de pensamiento no encontró la aprobación de Freud, y también se especula que Jung habría realizado un análisis crítico de la vida personal de aquél que quizá contribuyera a las tensiones entre ellos. En 1911, Freud le consiguió la primera presidencia de la Asociación Psicoanalítica Internacional, pero para ese momento su ruptura ya no tenía remedio. Al cabo, en 1914, Jung se retiró de la asociación y cesó todo contacto

con Freud. Adelantó sus propias interpretaciones del psicoanálisis y emprendió varias expediciones para estudiar las sociedades primitivas en el oeste de los Estados Unidos, África, Australia y Centroamérica. Su prolífica obra sobre temas que van de la antropología a la religión arrojaron nuevas luces a los problemas eternos de la existencia del hombre desde el punto de vista del psicoanálisis.

La “psicología analítica” de Jung redefinió muchos conceptos freudianos; sin embargo, conservó la terminología de Freud y, por lo tanto, las mismas voces solían tener significados distintos. Al igual que Freud, creía que el propósito central de la personalidad era alcanzar un balance entre fuerzas conscientes e inconscientes; además, señaló dos fuentes de estas fuerzas. Una era el inconsciente personal, que consiste en experiencias reprimidas u olvidadas y es similar al nivel preconscious de Freud. Los contenidos del inconsciente personal son del todo accesibles a la conciencia. En el inconsciente personal residen los complejos, que son grupos de sentimientos con un tema definido que dan lugar a respuestas conductuales distorsionadas; por ejemplo, el niño que reprime sus emociones negativas acerca de su madre se convertirá en un adulto con un complejo materno y tendrá sentimientos intensos y ansiosos cuando encuentre imágenes o estímulos asociados con la maternidad. La segunda fuente de fuerzas inconscientes, exclusiva de la teoría de Jung, es el inconsciente colectivo, una fuente más poderosa con contenidos heredados y compartidos con otros miembros del grupo étnico. Así como el inconsciente personal tiene complejos, el colectivo posee arquetipos, imágenes primordiales evolucionadas de una ascendencia tribal primitiva de experiencias y actitudes milenarias. La lista de Jung de los arquetipos incluía el nacimiento, la muerte, la unidad, el poder, Dios, el diablo, la magia, el viejo sabio y la madre tierra. La noción de un inconsciente colectivo en la personalidad que impone al individuo pautas de comportamiento, sobre todo en las crisis de la vida, se adapta bien a las preocupaciones de Jung por los mitos y los símbolos. Jung creía que la capacidad de los símbolos de la sociedad para expresar imágenes arquetípicas es una prueba del progreso de la civilización.

Jung se concentraba en los años de la mitad de la vida, cuando se supone que las presiones de los impulsos sexuales ceden ante la ansiedad por las cuestiones filosóficas y religiosas más profundas sobre el significado de la vida y la muerte. Al retomar la idea de alma espiritual, Jung argumentaba que la personalidad saludable ha realizado a plenitud las potencias humanas para alcanzar la unidad y la integración completa. De acuerdo con Jung, esta realización ocurre sólo después de que el individuo haya vencido los obstáculos del desarrollo de la personalidad desde la infancia hasta la mitad de la vida. La incapacidad de crecer en este sentido da por resultado la desintegración de la personalidad. En consecuencia, la persona debe individualizar las experiencias para llegar a una “función trascendente” que unifica las estructuras diferenciadas de la personalidad en un *yo* totalmente consciente.

Jung redefinió la energía libidinal como la oposición en la personalidad de la introversión y la extraversión, con lo que superó el acento que Freud ponía en la sexualidad. Las fuerzas de la extraversión se dirigen a los otros del entorno y fortalecen la confianza personal. La introversión conduce en la dirección interna de la contemplación, la introspección y la estabilidad. Las energías en oposición tienen que equilibrar-

se para el funcionamiento psicológico adecuado de la sensación, el pensamiento, los sentimientos y la intuición. Un desequilibrio entre introversión y extraversión se compensa en parte en los sueños. En efecto, para Jung los sueños tenían un valor de adaptación importante para que la persona se mantuviera en equilibrio.

Cuando Jung se hizo viejo, sus obras destacaron más el misticismo y las experiencias religiosas, campos que por lo regular la psicología ignora. De todos los fundadores del psicoanálisis, las ideas de Jung fueron las que más contrastaron con las del empirismo. Sin embargo, ofreció un tratamiento único de temas humanos cruciales que no habían sido estudiados sistemáticamente por los psicólogos y que aún permanecen en el reino de la especulación filosófica. Quizá Jung fue más filósofo que psicólogo, y propuso y enfrentó temas que no se prestaban a otros sistemas de psicología.

Karen Horney

Nacida en la ciudad alemana de Hamburgo, Karen Horney (1885-1952) recibió en 1913 su título en medicina de parte de la Universidad de Berlín. De 1918 a 1923 estuvo asociada al Instituto Psicoanalítico de Berlín y siguió las interpretaciones tradicionales del psicoanálisis de Freud. Ella misma fue analizada por Karl Abraham y Hanns Sachs, muy conocidos en Europa como formadores de psicoanalistas freudianos. En 1932 fue nombrada subdirectora del Instituto Psicoanalítico de Chicago y, estando ahí, comenzó a adoptar una postura más independiente en el movimiento. Dos años más tarde, se mudó a la ciudad de Nueva York, donde se mantuvo de consultas privadas y como maestra de la Escuela Nueva de Investigación Social. Al cabo de unos años, fue acusada de apartarse radicalmente del psicoanálisis ortodoxo y fue expulsada de la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York. Entonces, fundó el Instituto Estadounidense de Psicoanálisis, que dirigió hasta su muerte.

Horney realizó grandes contribuciones a la elaboración de una psicología de la mujer. Como se desprende de nuestra revisión de la teoría de Freud, éste reflejaba su época al dar una consideración especial a la meta de equilibrar las energías sexual y de agresión del desarrollo humano. Horney, como Adler, negaba que constructos como la envidia del pene fueran normas sociales. Además, arrojó luces a la función cambiante de las mujeres en las sociedades industrializadas, a los cambios radicales que en el medio laboral urbano ocurrían entre quienes habían estado sujetas a las cargas represivas de la sociedad campesina tradicional.

Las ideas de Horney no eran aceptables para la cerrada organización psicoanalítica dominada por los freudianos. Pero a pesar de su expulsión de estos medios, su revisión de la teoría de Freud se mantuvo dentro del modelo psicoanalítico. Estaba de acuerdo en que la actividad mental es producto de motivaciones inconscientes y aceptaba la primacía de los impulsos emocionales. También apreciaba el valor de la descripción de Freud de los mecanismos de defensa y compartía su énfasis en la transferencia, la asociación libre y el análisis de los sueños en la terapia. Aunque se veía más como terapeuta que como teórica, mantenía diferencias importantes con Freud en cuanto a la estructura de la personalidad. Negaba la división estricta y excluyente de la idea freudiana del ello, el yo y el superyó. Además, si hay un complejo de Edipo —decía—, no procede de

una relación sexual y agresiva entre el hijo y sus padres, sino de la acción emocional recíproca de la ansiedad que resulta de los sentimientos de inseguridad del niño debidos a rechazos, daños o protección excesiva. Horney explicaba la energía libidinal como impulsos emocionales más que como la energía primaria sexual y de agresión que propusiera Freud. Para Horney, los problemas sexuales eran un efecto, no una causa, de los trastornos emocionales.

Horney destacaba la ansiedad básica que surge de las inseguridades de la infancia y que continúa durante toda la vida. Argumentaba que la humanidad ha perdido la seguridad de las sociedades medievales y que la neurosis es la secuela natural de la industrialización. En consecuencia, la psicología está relacionada con los valores culturales y sociales. La totalidad de las experiencias que el individuo acumula en la vida se denomina "estructura del carácter", el producto del desarrollo constante. Horney creía que el individuo tiene una gran capacidad de introspección, que es posible explorar a fondo mediante el autoanálisis, el cual a su vez lleva al conocimiento de uno mismo, requisito para el crecimiento psicológico. El proceso de un autoanálisis correcto conduce a la aparición de un concepto personal fuerte, un constructo que de algún modo se parece a la noción freudiana del yo ideal. El concepto personal bien integrado combate la dependencia excesiva en mecanismos de defensa que alienan a las personas de ellas mismas y van en contra de su propio conocimiento. Cuando ocurre esta alienación, la gente necesita la ayuda del análisis profesional para recuperar el juicio y la espontaneidad.

Horney describía la actividad humana en términos de tres modos de protección y defensa. El "acercamiento" es característico del comportamiento y el desamparo infantil; por ejemplo si percibo que otro me ama, entonces no va a lastimarme. La actividad característica en la adolescencia es el "enfrentamiento", que es hostil y se esfuerza por controlar; por ejemplo, si tengo poder, nadie podrá dañarme. Por último, el "alejamiento" es característico de la conducta aislada del adulto; si me retiro, nadie me hará daño. Estos modos de actividad satisfacen 10 necesidades neuróticas descritas por Horney:

<i>Necesidad neurótica</i>	<i>Modo de actividad</i>
1. Afecto y aprobación	Acercamiento
2. Pareja dominante	Acercamiento
3. Búsqueda de una vida confinada	Alejamiento
4. Autocracia e independencia	Alejamiento
5. Perfección	Alejamiento
6. Poder	Enfrentamiento
7. Explotación de los demás	Enfrentamiento
8. Prestigio	Enfrentamiento
9. Ambición	Enfrentamiento
10. Admiración personal	Enfrentamiento

Sólo con el autoanálisis se superan estas necesidades neuróticas. Por eso, Horney veía la terapia de manera muy distinta a Freud, quien consideraba que su objetivo era restaurar el equilibrio de la personalidad. Horney creía que, en última instancia, la finalidad de la terapia era la salud psicológica, definida en términos de la búsqueda continua del conocimiento de uno mismo.

Horney criticaba a Freud por limitar sus observaciones a los niños y las mujeres histéricas; sin embargo, ella misma redujo su punto de vista a los medios urbanos, con lo que su teoría se queda sin un concepto aceptable de normalidad. Según Horney, los conflictos personales no surgen del interior, sino que son resultado de los determinantes culturales de la industrialización. Ahora bien, esta debilidad es también una ventaja de su versión del psicoanálisis. Ella reconocía la naturaleza radicalmente cambiante del entorno social y subrayaba su efecto profundo en la psicología del individuo. En consecuencia, sus ideas no son estáticas, sino que se adaptan para satisfacer los cambios en las exigencias que la sociedad impone a las funciones de hombres y mujeres.

PSICOANÁLISIS SOCIAL

Las modificaciones del psicoanálisis freudiano que propusieran Adler y Horney señalaron una tendencia al examen del contexto social de las experiencias humanas. En particular, dos teóricos, Sullivan y Fromm, son los principales representantes de esta corriente.

Harry Stack Sullivan

Nacido en la zona rural del estado de Nueva York, Harry Stack Sullivan (1892-1949) se tituló como médico en 1917 en el Colegio de Medicina y Cirugía de Chicago. A partir de 1922, trabajó en varios hospitales en la investigación de la esquizofrenia. En 1933 se convirtió en director de una institución psiquiátrica y, desde 1936 hasta su muerte, encabezó su instituto de capacitación, la Escuela de Psiquiatría de Washington. Publicó un solo libro, *Conceptions of Modern Psychiatry* (*Conceptos de psiquiatría moderna*, 1947), pero llevó extensas anotaciones de su trabajo, que a su muerte fueron compiladas y publicadas por sus estudiantes. Estas obras forman la fuente de su teoría interpersonal de la psiquiatría.

Sullivan consideraba la personalidad, o el yo, como un sistema abierto en contacto con el entorno, de modo que en cualquier momento el individuo se define como la suma de estas experiencias interactivas. Aunque recuerdan la teoría del campo (como la de Lewin), las formulaciones de Sullivan caben dentro del movimiento psicoanalítico porque aceptaba un modelo homeostático de reducción de la ansiedad. Las tensiones surgen de necesidades y ansiedades que requieren reducción. En sus ideas sobre el desarrollo, Sullivan definió diversas etapas señaladas por la naturaleza de las relaciones sociales. Propuso varios “dinamismos”, o relaciones sociales impulsoras, ejercidas conforme el individuo madura hacia una socialización apropiada en la vida adulta y adquiere una autoestima.

La psicología interpersonal de Sullivan se basaba en la detallada observación; sus ideas fueron muy aceptadas tanto por su especificidad como por su aplicabilidad en los medios clínicos. En muchos aspectos, Sullivan extendió la obra de Adler, pues realizó un estudio más completo de las posibilidades sociales de la teoría psicoanalítica.

Erich Fromm

La teoría idealista de Erich Fromm (1900-1980) es una combinación interesante del modelo psicoanalítico con matices existencialistas. Nació en Francfort del Main y en 1922 se doctoró en la Universidad de Heidelberg, después de lo cual estudió en el Instituto Psicoanalítico de Berlín. En 1934, viajó a América y enseñó en diversas universidades de los Estados Unidos y México.

Fromm destacó siempre la imagen existencial del hombre moderno solitario y enajenado de sí mismo y de la sociedad (en el capítulo 17 revisaremos las influencias del existencialismo en el psicoanálisis). En congruencia con la idea de Horney de que el individuo busca la seguridad, Fromm pensaba que el mundo moderno ha dejado al individuo en un estado de soledad y desamparo. Para enfrentar esta condición, la persona puede tratar de escapar, pero los medios de escape, similares a los mecanismos de defensa de Freud, no son satisfactorios. En cambio, Fromm creía que la libertad esencial del individuo es la clave para satisfacer sus necesidades. Argumentaba que el progreso humano ha originado cinco necesidades básicas aparte de las biológicas del hambre, el sexo y la sed. Todos tenemos la necesidad de establecer relaciones personales de amor y entendimiento. También tenemos una necesidad de trascendencia, de desenvolver la capacidad de razonamiento y pensamiento creativo exclusivamente humana. Tenemos la necesidad de arraigar, de pertenecer y ser parte del entorno. Tenemos una necesidad de identidad personal, de distinguirnos de lo que nos rodea. Y tenemos la necesidad de una orientación congruente que nos permita entendernos a nosotros y a nuestro medio.

Fromm decía que ni el capitalismo ni el comunismo han logrado implantar la estructura social adecuada para el verdadero desarrollo humano y dio sus propias ideas sobre una utopía que facilitara el crecimiento individual para satisfacer las cinco necesidades. Conforme Fromm elaboró sus opiniones, superó la función tradicional del psicólogo hasta convertirse en un filósofo social. Con todo, trató de adaptar el modelo psicoanalítico para que respondiera mejor a la naturaleza fluida de los cambios sociales y que reconociera el conflicto del hombre moderno que trata de vivir en un medio hostil.

REPERCUSIONES CONTEMPORÁNEAS

Como dijimos al principio, el psicoanálisis es un movimiento único en la psicología. Provino del mismo modelo alemán de actividad mental que produjo la psicología de los actos y el movimiento de la Gestalt. Sin embargo, el psicoanálisis recibió su inmediata expresión en las necesidades de los enfermos mentales. Por esta razón, el psicoanálisis,

sobre todo como lo propusieron los autores posteriores a Freud, da la impresión de un movimiento de ocasión que avanza conforme aparecen los problemas y no de un sistema coherente. El psicoanálisis no se adhirió al compromiso con la metodología que expresaron los sistemas que surgieron de la investigación académica. En consecuencia, tuvo y tiene poca relación con los planteamientos con métodos generales, sean empíricos o fenomenológicos. Dicho en forma sencilla, el psicoanálisis y las otras versiones de los modelos psicológicos no hablan el mismo idioma.

La selección de colaboradores posfreudianos del movimiento psicoanalítico que vimos en este capítulo no pretende ser exhaustiva, sino apenas representativa. Sin embargo, este conjunto de posturas psicoanalíticas manifiestan también el problema de una metodología asistemática. El psicoanálisis nunca estableció criterios sistemáticos para comparar las nuevas interpretaciones. En un sentido muy real, hay tantas teorías psicoanalíticas como psicoanalistas. Esta dificultad plagó el movimiento desde los tiempos de Freud y sigue haciéndolo: el psicoanálisis contemporáneo está muy fragmentado.

Aunque no fue aceptado en la corriente principal de la psicología, el psicoanálisis asumió una postura dominante en la psiquiatría, lo que se entiende a la luz de su origen como respuesta a problemas clínicos. De hecho, las obras psicoanalíticas disfrutaron de una posición casi exclusiva en la psiquiatría y la psicología clínica hasta los años sesenta, cuando la modificación conductual empezó a competir como método alternativo de terapia.

El psicoanálisis siguió influyendo en las artes, la literatura y la filosofía. Esta influencia refleja el principal aporte de Freud: su análisis general del inconsciente. Así, las expresiones literarias y artísticas se interpretan al tenor de las actividades inconscientes del artista y de las impresiones inconscientes del receptor. Los psicólogos escogen ignorar las motivaciones inconscientes o bien se refieren a actividades subliminales o inferiores al umbral; sin embargo, una verdadera teoría general de la actividad psicológica no puede limitarse a los aspectos conscientes del comportamiento. Aunque los psicólogos no estén de acuerdo con la interpretación de Freud, éste identificó algunos procesos dinámicos que ejercen un influjo en la actividad del individuo y que la psicología no puede omitir.

RESUMEN

El movimiento psicoanalítico introdujo el estudio de los procesos inconscientes que influyen en las actividades de los hombres. Era una corriente que concordaba con el modelo alemán de actividad mental, que se remonta a las obras de Leibniz y Kant. Si bien la psicología de los actos y el movimiento de la Gestalt son también expresiones modernas del modelo alemán, el psicoanálisis destacó la meta del equilibrio homeostático de las energías inconscientes de la personalidad. Su fundador, Sigmund Freud, aprovechó sus agudos poderes de observación para idear métodos terapéuticos muy necesarios. Más tarde, amplió sus formulaciones en una teoría psicodinámica del crecimiento de la personalidad, dependiente de la reducción de la tensión. Otros teóricos modifica-

ron el modelo freudiano para incluir las influencias culturales (Jung) y las necesidades sociales (Adler y Horney). Asimismo, los estudiosos integraron al modelo psicoanalítico planteamientos de campo (Sullivan) y premisas existenciales (Fromm). Como movimiento contemporáneo, el psicoanálisis ejerce aún una influencia considerable en la psiquiatría y la psicología clínica, aunque se encuentra fragmentado por la falta de acuerdos metodológicos. Además, las aseveraciones de Freud sobre el inconsciente condujeron a nuevas interpretaciones de las manifestaciones artísticas. Sin embargo, como modelo viable para la psicología, el psicoanálisis se apartó de los fundamentos empíricos de nuestra ciencia y comparte poco con otros sistemas que dependen de esos planteamientos metodológicos.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

- Adler, A., "Individual psychology", en *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 22, 1927, pp. 116-122.
- *The individual psychology of Alfred Adler* (H. L. Ansbacher y R. R. Ansbacher, comps.), Nueva York, Basic Books, 1956.
- *What life should mean to you*, Nueva York, Capricorn Books, 1958.
- Freud, S., *The psychopathology of everyday life*, Nueva York, Mentor, 1920.
- "The history of the psychoanalytic movement", en A. A. Brill (comp. y trad.), *The basic writings of Sigmund Freud*, Nueva York, Random House, 1938.
- *The interpretation of dreams*, en J. Strachey (comp.), *The standard edition of the complete works of Sigmund Freud*, vols. IV y V, Londres, Hogarth, 1955.
- *New introductory lectures on psychoanalysis*, Nueva York, W. W. Norton, 1965.
- Fromm, E., *Escape from freedom*, Nueva York, Holt, Rinehart, and Winston, 1941.
- *Man of himself*, Nueva York, Holt, Rinehart, and Winston, 1947.
- *The sane society*, Nueva York, Holt, Rinehart, and Winston, 1947.
- Horney, K., *New ways in psychoanalysis*, Nueva York, W. W. Norton, 1939.
- Jung, C. G., *Modern man in search of a soul*, Nueva York, Hartcourt Brace, 1933.
- *Psychological reflections* (J. Jacobi, comp.), Nueva York, Harper and Row, 1953.
- *The basic writings of C. G. Jung*, Nueva York, Random House, 1959.
- Sandler, J. (comp.), *The Harvard lectures of Anna Freud*, Madison, International Universities Press, 1994.
- Sullivan, H. S., *Conceptions of modern psychiatry*, Washington, W. A. White Foundation, 1947.
- *The interpersonal theory of psychiatry*, Nueva York, W. W. Norton, 1953.

Estudios

- Ansbacher, H. L., "Alfred Adler—A historical perspective", en *American Journal of Psychiatry*, 127, 1970, pp. 777-782.

- "Alfred Adler and G. Stanley Hall: Correspondence and general relationship", en *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 7, 1971, pp. 337-352.
- Capps, D., "Hartmann's relationship to Freud: A reappraisal", en *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 6, 1970, pp. 162-175.
- Ellenberger, H. F., *The discovery of the unconscious*, Nueva York, Basic Books, 1970.
- Fordham, F., *An introduction to Jung's psychology*, Londres, Penguin, 1953.
- Gay, P., *Freud: A life for our time*, Nueva York, W. W. Norton, 1988.
- Gravitz, M. A. y Gerton, M. I., "Freud and hypnosis: Report of post-rejection use", en *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 17, 1981, pp. 68-74.
- Hale, N. G., *Freud and the Americans*, Nueva York, Oxford University Press, 1971.
- Hall, C. S. y Lindzey, G., *Theories of personality*, Nueva York, Wiley, 1970.
- Jones, E., *The life and work of Sigmund Freud*, Basic Books, ed. rev., 1955.
- Kainer, R. G., "Art and the canvas of the self: Otto Rank and creative transcendence", en *American Imago*, 14, 1984, pp. 359-372.
- Kelman, H., "Karen Horney on feminine psychology", en *American Journal of Psychoanalysis*, 27, 1967, pp. 163-183.
- Macmillan, M., "Souvenir de la Salpêtrière: M. le Dr. Freud à Paris, 1885", en *New Zealand Journal of Psychology*, 14, 1985, pp. 41-57.
- Orgler, H., *Alfred Adler: The man and his works*, Nueva York, Liveright, 1963.
- Rendon, M., "Karen Horney's biocultural dialectic", en *American Journal of Psychoanalysis*, 44, 1984, pp. 267-279.
- Rubins, J. L., *Karen Horney: Gentle rebel of psychoanalysis*, Nueva York, Dial, 1978.
- Samuels, A., "The professionalization of Carl G. Jung's analytical psychology clubs", en *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 30, 1994, pp. 138-147.
- Schick, A., "The Vienna of Sigmund Freud", en *Psychoanalytic Review*, 55, 1968-1969, pp. 529-551.
- Sirkin, M. y Fleming, M., "Freud's 'project' and its relationship to psychoanalytic theory", en *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 18, 1982, pp. 230-241.
- Stepansky, P. E., "The empiricist as rebel: Jung, Freud, and the burdens of discipleship", en *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 12, 1976, pp. 216-239.